



## Comentario a “El idioma analítico de John Wilkins” de Jorge Luis Borges (1952) desde la perspectiva de la inteligencia artificial

### *Spectator and World Awareness. An Approach to Arendt’s Concept of the Banality of Evil from the Characteristic of “remoteness from reality”*

**María Marta Preziosa**

Universidad Católica Argentina (UCA), Argentina  
mmpreziosa@uca.edu.ar | <https://orcid.org/0000-0002-1182-9522>

Recibido 11/2024 – Aceptado 12/2024

**Resumen:** Comentario ensayístico que indaga una posible analogía entre el lenguaje de la inteligencia artificial (IA) y “El idioma analítico de John Wilkins” de J. L. Borges. La analogía se establece alrededor de las pretensiones del lenguaje sugeridas por Borges y por algunos de los creadores de la IA.

**Palabras claves:** Éric Sadin, Michel Foucault, Jorge Luis Borges, Inteligencia artificial, Lenguaje

**Abstract:** *Essayistic commentary that explores a possible analogy between the language of Artificial Intelligence (AI) and “The Analytical Language of John Wilkins” by J. L. Borges. The analogy is established around the pretensions of language suggested by Borges and by some of the creators of AI.*

**Keywords:** *Eric Sadin, Michel Foucault, Jorge Luis Borges, Artificial Intelligence, Language*

En sus breves cuatro páginas tituladas “El idioma analítico de John Wilkins”, Jorge Luis Borges (1952) trata sobre las inquietudes intelectuales de dicho obispo anglicano y rector de dos *College* —el de Cambridge y el de Oxford—. John Wilkins, que vivió realmente entre 1614 y 1672, es leído por Borges, al parecer, con el fin de ironizar sobre la jactancia de los lenguajes que confían demasiado en sí mismos. Hoy, uno de esos idiomas sobre el que Borges podría insinuar algo similar es el de la Inteligencia Artificial (IA).

### El idioma analítico

En este texto, Borges se recrea despreocupadamente, pero no sin profundidad, en las “felices curiosidades” (1952:1) lingüísticas, científicas y técnicas de Wilkins —y lo hace de un modo tal que la filosofía profesional quizás le debería envidiar—.

Wilkins idea, entre muchas cosas, un lenguaje mundial: un idioma análogo y general que intenta organizar y abarcar todos los pensamientos humanos. Para edificarlo, comienza con una clasificación de todos los seres del universo y los codifica bajo diversas combinaciones de letras, como si fuese un *thesaurus*: un sueño bien cartesiano y propio del espíritu de época.

En la etimología griega del verbo “analizar” es posible encontrar el espacio en común que permite elicitar esta analogía entre el texto de Borges y la IA. Un idioma analítico sería aquel que desata los nudos de las



palabras, las descompone de arriba abajo, las descifra o reduce a infinitas combinaciones de letras —como el de Wilkins— o de ceros y unos, como el de la informática.

Borges lo conocía. En una nota al pie, dice que el lenguaje más simple, inventado por G. Leibniz (1646–1716) es el que requiere tan solo del cero y el uno. El más complejo, en cambio, el que usarían las divinidades y los ángeles “registraría un número infinito de símbolos” (1952:2).

### La conjetura

En este texto de Borges aparece la muy citada clasificación de animales de una ficticia enciclopedia china, una especie de táctica para disponer la imaginación del lector, de modo tal que pueda hacer una conjetura filosófica. La falsa cita reza:

En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas (Borges, 1952:3).

La inferencia que el lector puede hacer es acerca de las condiciones de posibilidad del conocimiento. Las clasificaciones, aunque son intentos de orden, ejercen el caos: son ambiguas, deficientes, heterogéneas y redundantes; pueden llegar a ser ingeniosas, pero finalmente resultan contradictorias y vagas. Para Borges, el lenguaje es como un espejo roto que no refleja la lógica del mundo (si es que la tiene). “Notoriamente, no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo” (1952:3).

### El soplo de la voz

Michel Foucault se manifiesta en deuda con este texto de Borges al comienzo de su libro de 1966, “Las palabras y las cosas”:

La incomodidad que hace reír al leer a Borges se transparenta, sin duda, en el profundo malestar de aquellos cuyo lenguaje está arruinado: han perdido lo “común” del lugar y del nombre. Atopía, afasia. (Foucault, 1998: 1).

Foucault dice remontarse hasta el siglo XVI (el anterior al de Wilkins, Descartes y Leibniz) para realizar una arqueología de las configuraciones que han dado lugar a los conocimientos y ciencias humanas. La decisión de detenerse allí le evita atravesar el puente entre la alta y baja escolástica, que es cuando se derrumba el que unía las palabras y las cosas. Desde el siglo XII, en las universidades medievales se lo habían pasado discutiendo el problema “de los universales” hasta que, en el siglo XIV, Guillermo de Ockham y su navaja rasuran definitivamente los términos de la disputa. O bien la palabra es solo un nombre, un *flatus vocis* unido frágilmente a un conjunto de cosas similares o bien, es un concepto, algo literalmente gestado en el intelecto humano a través de los sentidos, en el que se puede entender la naturaleza de las cosas diseñadas por Dios.

### La inadecuación

Borges no parece ocultar un cierto desencanto que proviene de la esperanza de conocer aquello que une la variedad de todas las cosas, ya sea el propósito del universo, ya sea “el secreto diccionario de Dios” (Borges, 1952:4). Tampoco oculta que no se presta a batallar en nombre de esa utopía.

Borges pronuncia tres veces “conjetura” o “conjeturar”, nombre y verbo que constituyen la esencia de su texto. Ubica al lenguaje dentro de los esquemas humanos —algunos más admirables que otros—. Un esquema es un boceto, un plan, pero siempre es algo provisorio.

En la Alta Edad Media, la relación entre la palabra y la cosa era la verdad. Esta se definía como una relación de adecuación —hacerse igual— entre el intelecto y la cosa, *adaequatio rei et intellectus*. Para Borges, ni la palabra se adecua a las cosas, ni la estructura lógica del lenguaje se adecua al orden del mundo real.

El lenguaje humano está siempre en estado de inadecuación, atento, en la búsqueda; no se jacta de los “bosquejos rudimentarios” (1952:2), ni de los balbuceos, los “gruñidos” (1952:4) o los sonidos inexpressivos. No se jacta, pero tampoco renuncia al significado; Wilkins no lo hizo.

## Los pioneros de la IA

Roger Shank, fallecido en 2023, fue un matemático y lingüista que publicó influyentes textos sobre educación para el trabajo y fue parte de ese grupo de pioneros de la IA que entre los años 70 y 80 fueron entrevistados por la psicóloga Sherry Turkle en el *Massachusetts Institute of Technology* (MIT).

Schank, Marvin Minsky, Herbert Simon (Nobel de Economía) y otros se veían a sí mismos como los nuevos filósofos de la mente. Turkle los describe como arrogantes y embelesados con la sensación de control que ofrece programar las computadoras. Varios de ellos, en la niñez, habían soñado con crear mundos autónomos y paralelos. Su idea de la mente humana —acotada a su capacidad lógica y matemática— menospreciaba las emociones, el mundo extramental y su dimensión biológica. Turkle refiere estas palabras de Schank:

Somos en gran medida los filósofos de la época moderna. Abordarnos las mismas cuestiones (...). Tenemos un método distinto para hacerlo. Ese método puede sintetizarse en una sola palabra: proceso. (...) el enfoque correcto para un análisis de los hechos del mundo es un enfoque de proceso: ver cuáles son los pasos, determinar cuáles son las entradas y suministrar algoritmos para ir de un lugar a otro, del lugar A al lugar B. En otras palabras, toda la cuestión de si uno realmente sabe (...) puede abordarse en términos de lo que uno hace cuando ve la palabra 'saber'. (...) Y esta clase de modificación (...) es lo que trata la filosofía de la IA (...) examinemos las viejas cuestiones filosóficas. Examinémoslas en términos de lo que hacemos, en términos de cómo abordamos y actuamos sobre esas cosas y no sobre la verdad. La verdad es una expresión carente de significado en la IA, pero es un término filosófico clave. (Turkle, 1984: 258).

Programar es reducir todo a procesos y a usar el lenguaje solo para nombrar los pasos de una operación o una instrucción —hoy en la IA, un *prompt*—. Los pasos se expresan en un lenguaje reducido, abstracto y binario. Esta reducción es lo que construye el puente entre el lenguaje humano, el *software* y los minerales e impulsos eléctricos del *hardware*. Un lenguaje más cercano a los metales mudos de la novena categoría de Wilkins que al de las divinidades y los ángeles.

## El prompt

Éric Sadin define a la inteligencia artificial como un tipo de técnica cognitiva: “depende de sistemas de clasificación automatizada de la información”. Debido a su procedencia matemática, hace posible “un recorte *ad infinitum* de los componentes de lo real”. Todo lo digital, para este filósofo, es un arte del detalle tan extremo, tan elaborado, que literalmente podría caracterizarse como “chino”. (Sadin, 2023:126–7).

Borges le daría la razón a Sadin: sí, la IA tiene ese carácter chino, wilkinsoniano y “no es el menos admirable de los esquemas humanos”. Sin embargo, no les consta que es provisorio (1952:4).

Sadin explica que la codificación en la informática siempre persigue fines muy precisos, para responder instrucciones. Todo se calcula, se programa, se fracciona, se detalla y se reduce a una combinación de letras y números con fines útiles y no con fines significativos o valorativos.

¡Nos estamos convirtiendo en seres que hacen *prompts!*, advierte Sadin. Esto nos conduce a la atrofia de nuestro impulso a la exterioridad y a la confusión, porque excluye lo que no se reduce a su lógica utilitaria. “Tanto llegamos a dar instrucciones a las máquinas y a dejar que ellas se las dieran a sí mismas, que ahora recibimos nosotros instrucciones de su parte” (Sadin, 2023:128–9).

## La creatividad

Sadin recuerda las palabras del impresionista Pierre-Auguste Renoir: aprendemos a pintar en los museos. Borges podría haber dicho —quizás lo dijo— aprendemos a escribir, leyendo. Para Sadin, cada obra de arte, cada pensamiento que nos ha legado la historia, no son abordados como hechos codificados e inertes que integran una base de datos. Por el contrario, “nos convocan indefinidamente a ser retomados, prolongados y

reapropiados”. Cada reapropiación muestra “una comprensión sensible y singular del cosmos” fruto de una relación “turbada e insatisfecha” (Sadin, 2023:135–6). Una relación in–adecuada.

Los sueños de la niñez de los pioneros de la IA no podrían haber sido generados mediante *prompts*, sino que se generaron, les diría Sadin, en “gestos, intentos, vacilaciones y fracasos” (2023:136).

### Las agonías del anhelo

En su “mera jactancia sin corroboración” (Borges, 1952:1), Schank iguala los ejercicios de programación informática con los ejercicios de latín, descartando sin más, el significado —los significados—. El utilitarismo de Schank no se parece a la nostalgia de Borges —o a la de G. K. Chesterton— con quien elige terminar sus cuatro páginas. La inadecuación del lenguaje humano es el reverso de la holgura del deseo y el misterio.

Por último, si este comentario ensayístico se atreviese a reescribir la cita que Borges hace de Chesterton, diría así:

La IA no sabe que en el alma humana hay innumerables tonalidades desconcertantes y que no todas tienen nombre. Aun así, cree con seriedad que cada uno de esos tonos y semitonos pueden ser representados con precisión por un mecanismo combinatorio de ceros y unos. Cree que, del interior de sus algoritmos, realmente puede producir las combinaciones que denotan todos los misterios de la memoria y todas las agonías del deseo (Apócrifo).

### Referencias bibliográficas

Borges, J. (1990). El idioma analítico de John Wilkins. En *Otras Inquisiciones. Obras completas 2, 1952–1972* (pp. 84–87). Emecé.

Foucault, M. (1998). *Las palabras y las cosas* (26ª edición). Siglo XXI Editores.

Sadin, E. (2023). *La vida espectral. Pensar la era del metaverso y las inteligencias artificiales generativas*. Caja Negra Editora.

Turkle, S. (1984). *El segundo yo. Las computadoras y el espíritu humano*. Ediciones Galápagos.